

LA MUERTE DE LAS AVES

De la reciente hecatombe de las aves existen dos versiones: una, la del suicidio en masa; la otra, la súbita rarefacción de la atmósfera.

La primera versión es insostenible. Que todas las aves —del cóndor al colibrí— levantaran el vuelo —con las consiguientes diferencias de altura— a la misma hora —las doce meridiano—, deja ver dos cosas; o bien obedecieron a una intimación, o bien tomaron el acuerdo de cernirse en los aires para precipitarse en tierra. La lógica más elemental nos advierte que no está en poder del hombre obrar tal intimación; en cuanto a las aves, dotarlas de razón es todo un desatino de la razón.

La segunda versión tendrá que ser desechada. De haber estado rarefada la atmósfera, habrían muerto sólo las aves que volaban en ese momento.

Todavía hay una tercera versión, pero tan falaz que no resiste el análisis; una epizootia, de origen desconocido, las habría hecho más pesadas que el aire.

Toda versión es inefable y todo hecho es tangible. En el escoliasta hay un eterno aspirante a demiurgo. Su soberbia es castigada con la tautología. El único modo de escapar al hecho ineluctable de la muerte en masa de las aves, sería imaginar que hemos presenciado la hecatombe durante un sueño. Pero no nos sería dable interpretarlo, puesto que no sería un sueño verdadero.

Sólo nos queda el hecho consumado. Con nuestros ojos las miramos muertas sobre la tierra. Más que el terror que nos procura la hecatombe, nos llena de pavor la imposibilidad de hallar una explicación a tan monstruoso hecho. Nuestros pies se enredan entre el abatido plumaje de tantos millones de aves. De pronto todas ellas, como en un crepitar de llamas, levantan el vuelo. La ficción del escritor, al borrar el hecho, les devuelve la vida. Y sólo con la muerte de la literatura volverían a caer abatidas en tierra.

EL CRECIMIENTO DEL SEÑOR MADRIGAL

With fantastic terrors never felt before...

Edgard Allan Poe

Si el señor Madrigal comenzó un crecimiento a los ochenta años, no deberá pensarse en un crecimiento físico. A tal edad puede decirse propiamente que se “decrece”; el cuerpo se va encorvando como si tirara hacia la tierra; a la osamenta, cuyos ciento ocho huesos permanecen bajo la carne desde aquella época remota en que apenas si lo eran en el claustro materno, no podríamos ponerle un “gato” que la alzara con la misma facilidad con que éste alza el chasis de un auto. Esos huesos, crecidos hasta su extrema magnitud, irán decreciendo y se harán polvo. *Pulvis sumt et pulvis reverteris...*

El señor Madrigal, que por implacable ley biológica estaba en ese caso, iniciaba otro modo de crecimiento. En su organismo, ya en total decadencia, en vías de descomposición y, finalmente, de putrefacción, algo se había engendrado y, de acuerdo con todo proceso de gestación, tenía forzosamente que crecer. El señor Madrigal estaba, para expresarnos en términos de ginecología, embarazado.

Sin muchas luces, distaba de ser un hombre de talento; alcanzaba a percatarse, sin embargo, de que en términos de obstetricia no podría concebir una criatura, y se sonreía irónicamente al pensar que, de haberles confiado su caso a los amigos, éstos, a su vez, se burlarían despiadadamente y lo tildarían de caso típico de caquexia en grado avanzado.

La primera manifestación de este “embarazo”, al que tendremos que acompañar con la connotación de “inefable” —porque, si bien es verdad que era inefable, en tanto que el señor Madrigal no podía concebir nada de nada, no es menos cierto que no lo era en el sentido de que en su ser, perfectamente embarazado, nacería y crecería algo —que bullía en sus entrañas—, tuvo lugar a las seis de la tarde, hora en que, con precisión cronométrica, tomaba como único alimento un vaso de leche. Era todo un ritual: el señor Madrigal empleaba su buena media hora. La leche no representaba para él la ambrosía de los dioses. No; el señor Madrigal, entre

otras exquisiteces, excluía el sibaritismo. Pero por reminiscencia de la niñez o preferencia de la dieta láctea, le gustaba la leche, y daba la dichosa casualidad de que ese gusto venía en su ayuda para que la dieta impuesta no constituyera un tormento a sus ochenta años.

Al acercar el vaso de leche a los labios le vino un profundo desaliento. Sintió que ejecutar la acción comportaba el mismo esfuerzo que levantar, por ejemplo, cien libras; al mismo tiempo esa acción, penosa de por sí, iba acompañada de una punzante sensación de inutilidad: el vaso, ahora transmutado en peso excesivo, era la representación visible de lo superfluo y, en consecuencia, lo superfluo venía a ser su proyección anímica. Esta relación vaso-inutilidad, al gestarse en su mente, le avisaba que comenzaba un crecimiento, el suyo —y que esa suerte de feto se desarrollaría plenamente hasta configurar una suerte de criatura.

Apuró el contenido del vaso a grandes sorbos, como el que apura un medicamento desagradable. La delectación de media hora se redujo a segundos. Esa leche, de los pocos placeres que le quedaban —tanto sensuales como espirituales—, dejaba de ser leche; aun siendo el mismo alimento que tomara del pecho de su madre con escandalosa glotonería de lactante, ahora, y por el hecho de ser un ingrediente de su crecimiento, era como plomo derretido que le pasara por la garganta.

En una ocasión en que la lluvia me retuvo en su casa, tras haber agotado el rosario de las lamentaciones sobre sus achaques —rosario que todo anciano desgrana en presencia de un joven—, el señor Madrigal me contó con voz susurrante todo lo que antecede, y añadió:

—Algo dentro de mí crece como un feto.

Un poco por no contradecirlo y un poco por piedad, pregunté:

—¿Y qué es lo que tiene dentro?

—Si lo supiera... —y suspiró hondo.

—¿Qué dice el médico?

—¿Cuál? ¿El de almas? El del cuerpo nada puede hacer por mí.

Volvió a suspirar y, como rindiéndose a una terrible evidencia:

—Pero ni siquiera el de almas... —agregó.

Insistí tontamente:

—Vea al siquiatra.

—Al siquiatra uno va de joven para que nos arregle la vida pasada, la presente y hasta la futura. Pero a mi edad, el siquiatra no puede arreglarme mi futura muerte.

Rompió a reír ruidosamente. Era una risa hilarante, con mucho de convulsa, y de la cual las palabras saltaban como gotas de agua en manteca caliente.

—¡Mi futura muerte! A quién sino a mí, grandísimo idiota, se le ocurre hablar de futuro. Mi muerte es presente. ¡A la mano!

Confieso que fui cruel, pero dije:

—Si algo crece en su ser, ese “algo” es, pura y simplemente, futuro.

—Se equivoca. Lo que crece en mí ser no es una vida nueva.

—¿Y qué, entonces? —pregunté, harto irritado por tanto discurrir bizantino.

Con un dejo melancólico respondió:

—Lo sabremos en el momento del parto.

Al año de nuestro encuentro, como era de esperar, sus achaques se habían acentuado. Llegó a un grado de extrema delgadez. La carne, reducida a la sola piel, parecía incrustada en sus huesos. En lo que se refiere al ánimo, sus reminiscencias, nutridas por la avalancha de recuerdos de una larga vida, se habían marchado de su cabeza, dejándola vacía del todo.

Su desánimo se agravó cuando una tarde, al tomar el vaso de leche de rigor, advirtió que ya no era el “líquido blanco, opaco, nutritivo”, sino la ilusión de la vida. La leche, despojada de toda corporeidad, se hacía, a su vez, tiempo consumido y, por tanto, muerte.

Entonces pensó que le quedaba muy poco. Y este pensamiento se hizo todavía más consistente cuando al sacar la cabeza por la ventana, como aquel que está en trance de morir sofocado, vio la Luna y casi se preguntó qué estaba viendo. Sabía que sus ojos miraban por millonésima vez el satélite de la Tierra, pero, al mismo tiempo, por una progresiva desvitalización, la Luna se le antojaba una ilusión de sus sentidos. En lo adelante no podría, como probablemente hacían los demás, asociarla a su vida o poner sus plantas en ella como astronauta.

Efectuó en ese momento la operación inversa a la que todo niño realiza: fue despoblando el mundo hasta dejarlo vacío, sumido en silencio pavoroso. Ya no había respuesta para las preguntas, puesto que las preguntas sobraban.

De pronto, como a un naufrago, le vino a la mente la única pregunta de que aún disponía: “¿Qué es lo que crece dentro de mí?” Y, justamente cuando la formulaba, comenzaron los dolores de su singular alumbramiento.

Tuvo un parto feliz: dos o tres boqueadas y el estertor final. Lo mismo que el recién nacido en su cuna, un cadáver —producto acabado del crecimiento del señor Madrigal— yacía en la cama. Y si bien de su boca no salían vagidos, la nueva criatura se hacía anunciar por el pertinaz zumbido de una mosca.

1978